
C A P Í T U L O V I I I

**De la extraordinaria aventura del buey, y el embarque de D. Quijote
en Barcelona con rumbo a las Indias**

Todo el mundo madrugó en la quinta. No era poca cosa una corrida de toros a domicilio, ni se recordaba que hubiera ocurrido el caso en cien leguas a la redonda, de lo cual estaban complacidos y orgullosos los jefes de la casa, y bailaban en un pie grandes y chicos.

Sobraron ingenieros que determinaran el sitio y extensión del circo, y diesen la traza para hacerlo, formándolo de cañas en la parte más llana y limpia del corral. Con tablas prestadas a las trojes del granero, se hizo un palco de honor para la familia, adornado con mantillas, colchas y pañuelos de vivos colores, amén de las flores y ramas olorosas que se buscaron para engalanar los estantillos de la cerca y hacer vistosas guirnaldas.

Desde la mañana hasta las tres de la tarde, hora fijada para la corrida, fue un llover de gente a la quinta: labriegos vestidos de gala, que iban con sus familias a formar el corro de un espectáculo tan deseado e interesante para ellos, como el juego de toros, histórico torneo, que en todo tiempo se ha llevado de calles las tachas y censuras de ciertos filántropos modernos, críticos de sentido acomodaticio, que so color de moralizar y suavizar las costumbres, acusan de bárbaro al pueblo español, porque lo tolera y lo defiende; y por otro lado no dicen jota del más bárbaro e inhumano pugilato inglés, ni del incalificable linchamiento yanqui, en que no son animales bravíos los que amenazan la vida del hombre, sino el hombre mismo, el ser racional y civilizado, que toma de aquéllos su ceguedad y fiereza, para atacar a sus.

semejantes, en plena luz del siglo, y a ciencia y paciencia de los pueblos que se precian de ser porta-estandartes de la civilización y del progreso.

El encierro del toro se hizo con la pompa y ceremonias del caso. La casa del tío Pedro no distaba mucho, y a ella fueron todos, al son de flautas, guitarras y tamboriles, a traer el buey, que muy sosegadamente dormía en el establo. El personaje más guapo y gentil era naturalmente D. Quijote, con su elegante vestido de torero y su majestuoso andar. A su lado iba Sancho, y seguían en la marcha las zagalas hermosas, los robustos mozos de campo y la chusma de muchachos.

—Lo más conveniente será, Sancho, que tú hagas el oficio de conductor.

—¿Qué quiere decir su merced?

—Que seas tú quien lleve el toro por el cabestro, y ya dentro del circo, le metes los abejones.

—Acá para entre nos —replicó Sancho, bajando la voz— bueno es que sepa que he cambiado de sistema, porque no he podido conseguir los abejones, y en vez de ellos, me he hecho a una espina, para agujonear al toro por la punta del rabo, cuando su merced me dé la señal del toreo.

—¿Y estás cierto de enfurecerlo por ese medio?

—Tan cierto, que me remuerde la conciencia el verme obligado a hacer semejante cosa, porque me imagino las grandes cornadas que su merced va a recibir, si no se pone a buen recaudo en cada suerte.

—No temas por mí, Sancho, sino por tu propio pellejo, porque si no me enfureces el toro, a fuerza de caballero, juro que me vengaré de ti, si por compasión o por miedo dejas de hacer lo que debes, y me privas de la gloria de esta hazaña.

Atemorizóse Sancho, y prometió cumplir de su parte lo ofrecido, aunque el toro se llevase en los cachos a su amo y a todos los circunstantes. Tomó en seguida por el cabestro al cachazudo buey, que era grande como una casa, y el paseo tornó a la quinta en el mismo orden y con la solemnidad ya indicada.

Entre gritos y aplausos fue encerrado el toro en el circo, y todos buscaron su acomodo para asistir al espectáculo, codeándose unos con otros y disputándose los mejores puestos, como en estos casos suele acontecer. La

banda de música ocupó un tablado hecho *ad hoc*, y el propietario con su esposa, sus hijos y demás familia subieron al palco de honor, y dieron la voz de que podía empezar la fiesta.

Los rústicos músicos tocaron una pieza del país, que se vieron en el caso de interrumpir para atender a D. Quijote, el cual se les acercó y les dijo con gran comedimiento:

—Ruego al señor maestro de la orquesta, que cambie la pieza, y en vez de esos aires de tocatas nacionales, ejecute algún trozo selecto de música clásica, como los Meistersanger de Nuremberg, obra de Wagner, o algún pasaje de Hadyn, Beethoven o Mozart, que son las melodías únicamente aceptables en los centros civilizados.

—Usted nos perdonará, señor, que no le demos gusto en eso, porque no entendemos nada de nota, sino que tocamos al oído, por mera fantasía.

—¡Qué vamos a hacer! —exclamó contrariado D. Quijote— Esto nos prueba el grado de atraso en que vive nuestra pobre España. Tocad, pues, lo que sepáis, que vuestra no es la culpa, sino del gobierno, que debiera prohibir tales ranciedades y provincialismos, y fundar en cada aldea o partido un conservatorio de música, donde se enseñe al pueblo la ciencia filarmónica extranjera.

Admirados quedaron los músicos de semejante salida del torero, y por darle gusto y respetar su parecer hasta donde les era posible, escogieron en su repertorio la pieza que juzgaron más encopetada, tocándole en seguida la Jota Aragonesa, con tanta gracia y entusiasmo, que por toda la redondez del circo resonaron los aplausos, y hasta el bueno del toro volvió la cara hacia los músicos en señal de aprobación.

D. Quijote se adelantó entonces, en dirección del palco de honor, e hizo con gran despejo y dignidad el saludo de ordenanza y la dedicatoria de la primera banderilla. Dirigió luego una mirada arrogante a, todos lados, y encarándosele al buey, dio la señal convenida.

—¡A la espina, Sancho!

Allegóse éste al buey por detrás, y tomándole la punta del rabo, con gran precaución, le dio una palmada en el anca, lo que animó al bicho a dar algunos pasos, movimiento que tomó D. Quijote por el primer ímpetu de furia.

—¡Ahora, Sancho! —gritó de nuevo a su fiel escudero, que aún tenía al toro asido por el rabo.

Y sin esperar otra cosa, banderilla en ristre, se fue D. Quijote sobre el buey, como una flecha, lleno de coraje. El animal, que ve venir sobre sí aquel espantajo, a tiempo que se siente agujoneado por la cola, en vez de acometer de frente, se espanta de súbito, dando un terrible mugido y llevándose a Sancho en la reculada, con tanta fuerza, que lo derribó patas arriba, y pasando por encima de él, perseguido por D. Quijote, rompió por la parte más flaca del circo, y huyó por el campo, en medio de la confusión y gritos de los espectadores, y las grandes voces que el frenético torero le daba, blandiendo en el aire la banderilla, con la rabia propia de un luchador burlado.

—¡Non fuyáis, cobarde animal! que necesito toda vuestra fuerza y pujanza, para acreditar mi valor, domándoos en singular combate!...

Unos corrieron tras el toro, otros a socorrer a Sancho, que sin dar señales de vida yacía sobre la arena del circo, y los más se estuvieron absortos y atemorizados ante la trágica actitud y fiero ademán de D. Quijote, el intrépido y temerario Caballero de los Leones, que con medio cuerpo fuera de la barda del corral, echaba rayos y centellas contra el toro, el cual a trote largo se volvió para el establo a continuar su interrumpida siesta.

Santiago corrió a la casa y trajo agua fría, con la cual roció la cara del mal aventurado Sancho, quien vuelto en sí, después de un prolongadísimo quejido, miró a todos lados a ver si descubría a D. Quijote, y como no lo hallase, exclamó con voz doliente:

—¡Quiero que me digan si está vivo o muerto!...

—Vivo está, amigo Sancho —le respondió Santiago— pues el toro no ha tirado, sino que ha huido, dejándonos chasqueados, y a usted malferido, por lo que es bueno que haga empeño de levantarse, para llevarlo a la cama, donde estas señoras le harán algún remedio, aunque según parece, no es cosa mayor, sino el aporreo de la caída.

Ayudado por los presentes, levantóse Sancho del suelo, y casi en peso lo condujeron a su aposento, a tiempo que el propietario con buenas razones, procuraba calmar a D. Quijote, quien al cabo entregó la banderilla y pasó a ver a Sancho, el cual tenía a la sazón cubierto el rostro con un paño

de vinagre, primera cura que le habían hecho, porque el irrespetuoso buey le había puesto la propia trasera en tan nobilísima parte.

—Sancho amigo, cuánto mejor habría sido valerte de los abejones y no de la espina.

—Lo mismo creo yo, porque entonces hubiera el toro desahogado la furia por los cachos, y no por las ancas.

—Pues apúntalo en la memoria para otra ocasión.

—No tenga cuidado, que bien apuntado lo tengo en todo el cuerpo, que me duele más de lo que su merced se imagina, para que pueda olvidarlo en toda la vida; pero quiero decirle una cosa para su gobierno, y es que si en la carrera del Progreso nos topásemos con otro toro, aunque sea más cristiano y humilde que el del pesebre de Belén, yo renuncio desde ahora el cargo de enfurecerlo ni con abejones, ni con espinas, ni aun siquiera de palabra, porque el que hace un cesto, hará ciento, y no quiero que me salga otro tiro por la culata.

—Por aquí verás, Sancho, la verdad de lo que tanto te he dicho, que los tiempos son ya otros, y otras las costumbres, y que todas las cosas resultan invertidas y trasmudadas, si no se encarrilan por el camino del Progreso, que es el único que debemos trajar con paso firme y constante. Observa que la sabia naturaleza ha dado a cada animal los medios de defensa y de ataque: a unos, los dientes y garras; a otros, el aguijón ponzoñoso o el agudo pico; y a los toros y otros cuadrúpedos, los durísimos cuernos, pero el buey del tío Pedro, criado en este oscuro retiro, en este apartamento de los centros civilizados, se ha hecho partícipe en sus instintos del atraso e ignorancia que lo rodea, y por eso contra todo orden natural, lo hemos visto obrar en un sentido retrógrado, es decir, embistiendo con las ancas y no con los cachos.

—¡Ah! —dijo Sancho lanzando un doloroso suspiro— si me hubiera hecho esa advertencia a tiempo, buen cuidado habría tenido en hurgar el buey, no por el rabo, sino por la nariz, para que su merced le hubiera sacado el lance por detrás.

—En fin, Sancho, estos son casos muy frecuentes en la carrera que profesamos, y debe consolarte saber que cayendo, has subido en la estima-

ción del pueblo, porque has padecido esta caída por halagarlo y servirlo, y no estará lejos el día en que recibas de sus manos el galardón que mereces.

—En verdad, mi amo, que no he tenido tal intención en lo que hice, sino que obré por servirme a mí mismo, para librarme de las iras y venganza de su merced, pero estoy pronto a mudar de intención, si en ello me va la ganancia que dice. Conque bien pueda decir a este amado pueblo que me vio caer, que por él solo lo hice, y por él sufro en paciencia y hasta con gusto el culatazo del toro.

—Pláceme, Sancho, ver que ya vas comprendiendo y poniendo en práctica los principios de la filosofía moderna, que así como quieren dos conciencias en el hombre, quieren también dos voluntades, una real y verdadera por dentro, y otra ficticia y convencional por fuera. Si no aquí, donde el pueblo gime todavía bajo el yugo monárquico, allá donde es libre y soberano, en la virgen América, verás premiados tus sacrificios, cuando en ella estemos.

—Nunca desecharé tales premios, pero todo eso está todavía por ver y por venir, y ahora lo que más me consolaría es un quita dolores, porque estoy más necesitado de medicinas que de discursos, y vale más un toma que dos te daré, y obras son amores y no buenas razones.

—¡Oh! cuánto siento no poder aplicarte ahora mismo la Fierabrasina, con la cual quedarías curado instantáneamente; pero esta medicina no podrá conocerse sino a mi paso por Barcelona, donde la haré preparar en forma de píldoras, en cantidad suficiente para abastecer toda la América.

—Pero dígame siquiera cuáles son las virtudes de esas píldoras, y cuáles sus componentes, por si hubiere aquí con qué hacerlas.

—Sus virtudes y componentes, tú debes recordarlos, porque son los mismos del prodigioso bálsamo de Fierabrás, mudado el nombre en *Fierabrasina*, como lo prescriben las leyes del Progreso.

—¡Conque esas tenemos! Pues guárdese su bálsamo para quien no lo conozca, que gato escaldado, del agua fría huye, y no será Sancho quien vuelva a meterse entre pecho y espalda semejante torbellino, del cual nada bueno guardará tampoco su merced en la memoria; y por más que lo haga píldoras y le diferencie el nombre, Fierabrava será mientras exista.

—Estás en un error, Sancho, porque juzgas de las cosas de ahora, como de las de antaño. No, los procedimientos del Progreso son más suaves, llevaderos y gustosos.

En este punto llevaban la plática, cuando vinieron a llamarlos para que volviesen al circo, donde se iba a efectuar la segunda parte de la fiesta, que consistía en una suculenta merienda, que el dueño de la quinta había hecho preparar en obsequio de la cuadrilla y los espectadores. A la voz de comida, Sancho olvidó sus males y se sentó en la cama, pero D. Quijote, adivinándole la intención de levantarse e irse al convite, se lo impidió diciéndole:

—No conviene que te muevas, ni que comas sino cosas muy ligeras, porque tienes la cara muy hinchada, y detrás de la hinchazón vendrá la fiebre, detrás de la fiebre, el trastorno digestivo, y detrás de todo esto, si no guardas rigurosa dieta, vendrá la diarrea; y no siendo mozo, como no lo eres, podría cumplirse doblemente en tu persona el proverbio de las tres ceas, que están como la espada de Damócles sobre la cabeza de los viejos, a saber; catarro, caída y... lo otro, ya dicho con otro nombre, que no hay para qué me-neallo.

Gran congoja sobrevino a Sancho con esto, y a espaldas del doctor, pidió casi con lágrimas en los ojos, que no olvidasen de llevarle su parte de merienda, sin hacer caso de la severidad médica de su amo, en atención a que se sentía con fuerzas para digerir cuanto le presentasen, inclusive el mismo buey de su mala ventura.

Santiago había hecho grandes amigas con el propietario de la quinta, quien a su vez se había prendado del joven criollo, llegando a tratarse mutuamente con la mayor cordialidad y franqueza, en términos que sin tomar el parecer de su amigo el Dr. Quix, Santiago creyó conveniente hablar al propietario de la apremiante necesidad en que estaban de conseguir un vestido de viaje para el torero, el cual llevaba puesto aquél por carecer absolutamente de otro, según le dijo.

—Pues el remedio está a la mano —le contestó generosamente— porque puedo ofrecerle un gabán, un par de botas y un sombrero de fieltro, que apenas he usado una vez de viaje. Respecto a pantalones, me sobra la voluntad de ofrecerle algunos, pero son tales las piernas de vuestro compañero, que dudo mucho le alcancen a cubrir siquiera hasta las rodillas.

—Eso no será un obstáculo, porque las botas le cubrirán la falla de los pantalones, mientras algún sastre pueda hacérselos a la medida. Lo que ahora me apena es haberle ocasionado tamaña molestia.

—Es lo contrario, mi amigo, porque dado el carácter de este singular torero, no me hubiera atrevido ciertamente a pedirle la cuenta por el toreo a domicilio, ni su arrogancia y caballerosidad acaso hubieran consentido la aceptación de un obsequio en dinero. Así es que me viene a colmo lo que dices de su vestido, y esta misma noche le haré llevar a su aposento las piezas dichas.

Santiago recibió más gusto con este regalo que el mismo Dr. Quix, porque los redimía de los peligros del incógnito y de la curiosidad de las gentes, que irían en aumento a medida que caminasen por lugares más traficados. Por su parte el Dr. Quix, caballeroso en todo, aceptó el presente con sumo agrado, y dio palabra al propietario de conservar aquellas prendas de ropa como un fino recuerdo de los días pasados en su hermosa quinta, morada deliciosa, donde reinaban las gracias de la inocencia y las virtudes de la honradez y del trabajo.

En resumen, todos quedaron satisfechos: los habitantes de la casa y sus contornos, porque tuvieron toros, música y merienda, cuando menos lo esperaban; el Dr. Quix, porque acreditó su valor y cambió de vestido; Santiago, porque se vio libre del azoramiento y vergüenza de viajar en compañía de un disfrazado, expuesto a la burla y rechifla de grandes y chicos; y Sancho, excepto lo del culatazo, porque merendó a tres raciones, según su costumbre, y porque tuvo la no poca fortuna de que no se le saltasen los botones de la portañuela en esta vez, debido a que Santiago, a fuerza de sastre, le sustituyó la botonadura con cordones, a semejanza de una cotilla o corsé de mujer, de modo que podía apretarse o aflojarse los pantalones, según el estado de la panza.

Con extremadas muestras de cortesanía, de parte a parte, se despidieron los viajeros de los dueños de la quinta y su numerosa familia. D. Quijote era otro hombre, por el vestido se entiende: de botas, gabán y sombrero de anchas alas, su figura había variado por completo, acercándose en algo a la del turista que él se tenía clavada entre ceja y ceja. En el bolsillo del pecho llevaba la abultadísima cartera de viaje y en los otros bolsillos repar-

tió la carga de los demás menesteres, sin olvidar el compás, cuyas puntas de hierro le salían afuera como clavos de enmaderar.

Sancho, a más de la maleta de viaje y del cañón de lata en que se guardaba el mapa de América, iba cargado con la descomunal escuadra y la vara métrica, instrumentos sin los cuales, decía el caballero doctor, no podía darse un solo paso en la carrera de la ingeniería mecánica, que profesaba junto con sus otras carreras, como sabio enciclopédico y fervoroso apóstol del Progreso.

Sin contratiempo digno de mención, llegaron a Barcelona, donde el Dr. Quix tenía negocios de suma importancia en qué ocuparse personalmente. Entre las cosas que debían formar su equipaje, era lo primero la gran medicina de su invención, destinada exclusivamente a surtir sus efectos en Hispano América. Varios días invirtió en su preparación, asociado a un fabricante de drogas, hasta producir una cantidad enorme de píldoras, distribuidas en muchas gruesas de cajitas de cartón, primorosamente hechas, con dorados y el correspondiente rótulo: *Fierabrasina. Píldoras del Dr. Quix*. Cada cajita estaba provista de la receta e instrucciones del caso, en que se decían los prodigios y universal aplicación de dicha medicina, que curaba todas las enfermedades, sin excepción alguna, al menos así debían de creerlo los semi-salvajes en quienes iba a obrar, desde la calvicie hasta los callos de los pies, y desde el dolor de muela hasta el cólera morbo!

Otra de las cosas que compró el Dr. Quix, fue un aparato fotográfico, que estrenó en Sancho, con pasmo de éste, que vino a quedar convencido de que su amo era brujo, y muy cierto cuanto le había dicho de las ciencias ocultas y los misterios de su vida. Se previno también de una maquinita eléctrica y un par de bicicletas, una mediana para Sancho, y otra de altísimas ruedas para él, de las cuales haría uso al saltar en la tierra tropical, sobre el suelo virgen de América, objeto de todos sus pensamientos, tierra de verdadera promisión para la humanidad, refugio de pobres, criadero de ricos, suelo privilegiado, donde toda simiente nace y todo fruto se cosecha, mercado que todos codician, fragua de civiles revueltas, y lugar escogido por el Dios de las naciones para asiento de la futura grandeza del mundo.

Hecho el equipaje con las cosas dichas, y otras muchas que a su tiempo se dirán, tomaron pasaje para Sur América, embargados por muy diver-

sos pensamientos. D. Quijote creía oír ya, en el ruido de las olas, el lastimero clamor de estos pueblos sedientos de luz y de progreso; Sancho, echado como un plomo en su camarote, veía en su imaginación brillar los montes de oro y romperse el cielo en cataratas de perlas; y Santiago, callado y melancólico, pensaba en su patria. Más de una vez las lágrimas corrieron silenciosas por sus mejillas. ¿Qué sería de su casa y de los seres más queridos de su alma? ¿Qué mudanzas hallaría después de tan larga ausencia? Ya se verá en los capítulos siguientes la causa de su tristeza y de sus lágrimas.